

Un libro, un hombre

POR ANTONIO PEREIRA

Para escribir una hoja sobre Leopoldo Panero -hacia Leopoldo Panero-, no haré otro movimiento que el mínimo de acercar mis pasos al estante que fue mi primer patrimonio. Toco un libro -recordando a Walt Whitman- y siento el pulso, el hálito, el calor del hombre que lo escribiera.

Fue en la década de los cuarenta, una noche muy leonesa; o sea muy fría, del pleno invierno. Ya no sabría decir el suceso que nos reunió alrededor del recién llegado, ni la nómina exacta de los testigos, pero lo que no olvidaré nunca es el decir grave y monótono, casi cansino, con que recitaba su romance del Guadarrama. Y aún más, si cabe los enneasílabos balsámicos donde habla con su "adolescente en sombra":

A ti, Juan Panero, mi hermano,
mi compañero y mucho más;
a ti tan dulce y tan cercano;
a ti para siempre jamás.
a ti que llenas de abundancia
la memoria del corazón;
a ti, ceniza de mi infancia
en las llanuras de León.

Sí, creo que se dijeron muchos versos. Alargábamos las horas, del café, el humo de los cigarros, el alcohol efímero de unas copas, temerosos del desencanto de la mañana. Y al final, con el adiós, Leopoldo escribía su nombre junto al mío, sobre la portadilla de "Escrito a cada instante".

Aquí está. Tiene -buena señal- sobada la cubierta y remendada la encuadernación con la cura de unos celofanes. Y dentro, la voz y más fiel y exacta que en el mejor disco, el tono sálmico del poeta que cuenta las calles de su infancia y el templo vacío, o tantea el peso del mundo, o alberga en las manos de Dios el frío de aquella castañera de Astorga.

ANTONIO PEREIRA